



El Gobierno de López Mateos: intento de diversificar los vínculos con el exterior

Adolfo López Mateos llegó a la presidencia cuando la movilización popular era relativamente fuerte y no se superaba aún la tensión —que para algunos había corrido el riesgo de convertirse en fractura— dentro del PRI. Al acercarse el cambio presidencial, se vio con claridad el descontento entre algunos de los miembros más distinguidos del partido, por lo que se consideró abandono o descuido de los objetivos de la Revolución mexicana. El relegamiento del ejido y el control de las demandas obreras, que se consideraban desviaciones graves de los postulados revolucionarios, eran sólo dos de los reclamos de estos grupos.¹ No tardaron en salir defensores de las medidas políticas seguidas.

No todo se reducía a la discusión entre élites. Las críticas a las desviaciones mencionadas encontraban eco en los sectores populares. Muchos campesinos veían cada vez más lejana la posibilidad de recibir tierras, y aquellos que las tenían resentían que se diera prioridad a la agricultura privada en el otorgamiento de crédito y otro tipo de apoyos. Las políticas de austeridad de los años anteriores que debían ser base del desarrollo estabilizador, aún no se manifestaban claramente en la recuperación constante de la capacidad adquisitiva de amplias capas de la población, en especial campesinos, obreros y ciertos estratos medios.

¹ Dos expresidentes de gran peso en las filas priistas parecían encabezar sendos grupos. Análisis más o menos detallados de este enfrentamiento se encuentran en Olga Pellicer de Brody y José Luis Reyna. *El afianzamiento de la estabilidad política*, México, El Colegio de México, 1977; Soledad Loaeza, *Clases medias y política en México*, México, El Colegio de México, 1988; y Olga Pellicer de Brody, *México y la Revolución Cubana*, México, El Colegio de México, 1973.

A esta inconformidad se añadía la demanda de algunos sectores y grupos sociales para que las organizaciones que los representaban fueran más democráticas.

La invasión de tierras reflejó la impaciencia de los campesinos y su reclamo para que se reiniciara el reparto agrario. Meses más tarde, creció la efervescencia sindical. Ferrocarrileros, electricistas, petroleros y maestros universitarios, en forma y grados distintos, demandaban más participación en sus organizaciones y, algunos de ellos, en la vida política del país. Grupos de izquierda se reanimaron para encabezar o unirse a esos movimientos. Más tarde se movilizaron los grupos de derecha, en buena medida como respuesta a esa efervescencia y a lo que sucedía en el ámbito internacional.

Desde los primeros meses del Gobierno de López Mateos el escenario mundial, y en especial el del continente americano sufrió profundos cambios por el triunfo de la revolución cubana en enero de 1959. De tensiones iniciales más o menos agudas entre Cuba y Estados Unidos, que afectaron el sistema interamericano, en menos de dos años el hemisferio occidental se vio inmerso en plena guerra fría. Las consecuencias en la vida política interna de los países latinoamericanos y en sus relaciones con Estados Unidos fueron muy profundas. Destacaron las presiones del gobierno de Washington para lograr primero la condena del régimen cubano y después su exclusión del sistema interamericano. Conforme evolucionaron los acontecimientos internos y externos fue precisándose y modificándose la política exterior del Gobierno mexicano.

Dada la situación política interna, no es de extrañar que en su discurso de toma de posesión, López Mateos pusiera énfasis en los problemas domésticos. Era imprescindible mantener una tasa de crecimiento económico que permitiera absorber la expansión demográfica y al mismo tiempo elevar el nivel de vida de la población. Subrayó, sin embargo, que el crecimiento no era suficiente; el país necesitaba mejor distribución del ingreso. El Estado debía poner especial empeño en cuidar que la riqueza no se concentrara en pocas manos ni en actividades específicas, ni en regiones geográficas limitadas.

La política exterior, dijo López Mateos era "un instrumento auxiliar de nuestro desarrollo general, conscientes de que no vivimos ni podemos vivir aislados". Para el presidente, América era el "ámbito natural de México", donde podía hacerse mucho por la cooperación internacional, que ligaba con su visión de la paz: indivisible, pero no sólo en lo político, sino también en lo económico, en lo social y en lo cultural. Conclu-



El triunfo de la revolución cubana marcó cambios profundos en el escenario mundial

Sumarse a las presiones o a las condenas contra Cuba, significó para México un caso crítico en su relación con Estados Unidos.



yó su breve referencia, a la política externa señalando que la conducta internacional de México se apegaría "a dos normas fundamentales: no aceptar nada que vulnere nuestra soberanía y no negar nuestro concurso a ningún esfuerzo que pueda servir efectivamente para mejorar la concordia de los países y la condición de vida de los hombres".²

Conforme avanzó el sexenio se fueron acentuando dos rasgos de la política exterior lopezmateísta íntimamente vinculados entre sí: primero, el afán por mantener una posición de relativa independencia frente a Estados Unidos; segundo, el esfuerzo por diversificar las relaciones internacionales de México tanto en lo político como en lo económico. Es muy probable que el primero se debiera al deseo de contrarrestar las críticas de la izquierda dentro y fuera de las filas del partido en el poder por lo que consideraba abandono de los postulados revolucionarios. Pero, sin duda, este no fue el único motivo. Hubo razones de política exterior para que se subrayara esa independencia. Sumarse a las presiones o condenas contra Cuba, que, bien podríamos decir, fue en este sexenio

² *Los presidentes ante la Nación, 1821-1966*, México, Cámara de Diputados, 1966, vol. 4, pp. 682-683.

caso crítico, iba contra de los principios de no intervención y autodeterminación de los pueblos defendidos larga y tenuemente por el régimen mexicano. La defensa recogía las experiencias negativas que había sufrido el país. Estuviera o no de acuerdo con el camino que seguía Cuba, el Gobierno mexicano no podía negar a otros lo que había exigido para sí. Ceder en este punto significa también señalar precedentes que en el futuro podían utilizarse contra el país. Además, la relación con Estados Unidos que, con altas y bajas, se conservaba desde hacía varios años en relativa armonía, se sustentaba en una especie de regla no escrita; mantenerla era especialmente importante para la parte más débil: cada país se reservaba el derecho de juzgar por sí mismo los acontecimientos y a actuar en consecuencia.³ La reacción de Estados Unidos ante la actitud de México varió, con momentos de mayor o menor comprensión hacia la misma.

Para disminuir los riesgos de que su posición en la OEA sobre el caso cubano afectara negativamente su relación con Estados Unidos, el Gobierno de López Mateos subrayó primero las semejanzas entre las revoluciones mexicana y cubana y negó que ésta fuera comunista. Cuando se discutió el caso en la OEA apoyó a veces su posición en argumentos jurídicos, pero en la mayor parte de los casos cuestionó los procedimientos. A medida que se agravó el conflicto y se radicalizó la revolución cubana, se enfrió también la relación con el gobierno de Fidel Castro.

En cuanto a diversificar los vínculos con el exterior, el Gobierno de López Mateos se acercó a naciones desarrolladas de otros continentes, a países "no alineados" e incluso a estados socialistas, aprovechando la suavización de las tensiones Este-Oeste y de la bipolaridad que se dio fuera del continente mexicano en la segunda parte del sexenio. A nivel de América Latina, se sumó a los esfuerzos de integración económica.

Sin dejar de lado las razones políticas que impulsaron al gobierno para sacar a México de su relativo aislamiento, y activar su política exterior, hay que poner énfasis en la economía. La balanza comercial había sido deficitaria en los años anteriores. Las compras del exterior se elevaban a pesar de la protección porque la economía crecía rápidamente y la producción industrial tenía un alto contenido de importaciones. Y a la inversa, en el sexenio anterior las exportaciones de México no habían aumentado al ritmo que se esperaba. Mientras los precios de los productos industriales se elevaron, los del algodón y azúcar se mantuvieron

³ Véase Mario Ojeda Gómez, *Alcances y límites de la política exterior de México*, México, El Colegio de México, 1976.

constantes. Además, las ventas de zinc y plomo a Estados Unidos enfrentaban restricciones. En 1958 la venta del algodón empeoró porque entraron al mercado mundial excedentes estadunidenses del producto. El dumping algodonero estuvo a punto de provocar la devaluación del peso ese año; a causa de ello bajó drásticamente el nivel de vida de miles de campesinos. Esta situación se hizo más difícil al iniciarse un período de recesión en Estados Unidos.

Por eso, en su discurso de toma de posesión, López Mateos señaló entre los objetivos concretos de su Gobierno vigorizar las exportaciones y ajustar las importaciones para mantener el equilibrio de la balanza comercial, condición necesaria para lograr el crecimiento con estabilidad monetaria.

Un primer año de ajuste. La relación con los vecinos

Los graves problemas internos durante los primeros meses del Gobierno de López Mateos disminuyeron cuando se desarticuló el movimiento farricarrilero y sus líderes fueron arrestados. En política externa, la atención se centró en la relación con los países vecinos, e inmediatamente con Guatemala por un incidente en el que murieron tres pescadores mexicanos y dieciséis fueron heridos. El 31 de diciembre de 1958, aviones de la fuerza aérea guatemalteca hicieron fuego sobre cinco inermes embarcaciones pesqueras de nuestro país. Las declaraciones de testigos indicaban que por lo menos dos no se encontraban en aguas territoriales guatemaltecas. El Gobierno de López Mateos presentó una protesta y propuso que el caso se sometiera de común acuerdo a la Corte Internacional de Justicia. Las autoridades de Guatemala rechazaron la sugerencia y no aceptaron negociaciones directas. La respuesta de López Mateos fue romper relaciones el 23 de enero de 1959.

Poco después, con la participación de Brasil y Chile se iniciaron pláticas que terminaron en un acuerdo y en la reanudación de relaciones en septiembre del mismo año. Guatemala aceptó pagar indemnización a las víctimas del incidente. Ambos gobiernos se comprometieron a tomar medidas para evitar futuras invasiones de pescadores en aguas territoriales y llevar ante la Corte Internacional de Justicia los conflictos que no pudieran solucionarse mediante negociaciones directas.⁴

⁴ *Tiempo*, 21 de septiembre de 1959, p. 19.



Mensaje del Presidente Adolfo López Mateos por la ruptura de relaciones con Guatemala.

En cambio, las relaciones con Estados Unidos empezaron con declaraciones y actos simbólicos que manifestaban el deseo de conservar lazos cordiales. En un gesto significativo, Antonio Carrillo Flores, nombrado por López Mateos embajador en Washington, presentó a finales del mes de enero con “deferencia desusada”, sus cartas credenciales en la Casa Blanca, precisamente durante el conflicto con Guatemala.

Dos meses después, López Mateos recibió la visita de Dwight Eisenhower, quien empezaba el penúltimo año de su Gobierno. De las pláticas que sostuvo con Eisenhower, trascendió que se habían discutido cuatro asuntos importantes: construcción de una presa gemela a la de Falcón en la frontera; la estabilización del precio del café; posibilidad de reducir cuotas para plomo y zinc que México exportaba a Estados Unidos y el problema algodonero. Los presidentes acordaron construir la presa del Diablo, que luego se llamó de la Amistad. Eisenhower aceptó hacer consultas internas para encontrar solución equitativa al problema del algodón, y ambas partes acordaron presentar en foros multilaterales la cuestión del plomo y del zinc. Sobre el café no hubo comentarios públicos ni se incluyó en la declaración conjunta.

En el otoño de ese año, López Mateos visitó Estados Unidos y Canadá. En este país se señaló la posibilidad de estrechar lazos de todo tipo; en el segundo encuentro con el Presidente Eisenhower se discutieron los problemas económicos que enturbiaban la relación (algodón, plomo, zinc, café y el camarón).⁵

Por entonces había surgido un asunto que amenazaba provocar tensiones en la relación entre México y Estados Unidos: la tirantez de las relaciones entre este país y Cuba. En distintos foros de Estados Unidos López Mateos puso énfasis en el parecido de los movimientos revolucionarios mexicano y cubano. Opinaba el Presidente mexicano que la reforma agraria, el uso de recursos naturales para el progreso y otras medidas con las que se procuraba distribuir de manera más justa la riqueza eran requisitos para llegar a tener sociedades verdaderamente modernas. López Mateos subrayó que la democracia exigía como sustento indispensable un adecuado nivel de vida de sus mayorías. Negó una y otra vez que Cuba fuera al comunismo. En su discurso ante la OEA manifestó la necesidad de preservar los principios jurídicos y, concretamente, el de no intervención, para evitar que se resquebrajara la organización a causa de “soluciones contingentes”. Esa simpatía que mostró en foros internos y externos por la revolución cubana se reflejó también en la relación que hubo con ese país durante 1959.

⁵ *Tiempo*, 19 de octubre de 1959, pp. 22 y ss.



Manifestaciones contra diversas embajadas que dieron asilo a los colaboradores de Batista.

Cuando triunfó la Revolución, el Gobierno mexicano aplicó la Doctrina Estrada y afirmó que se complacía en continuar las relaciones diplomáticas con Cuba.⁶ El gobierno fue parco en sus declaraciones, pero algunos altos funcionarios mostraron en privado su disposición para apoyar al gobierno de la isla y en público hacían lo mismo muchos intelectuales y académicos.

A pesar del interés de ambos gobiernos en mantener buenas relaciones la situación convulsa de Cuba provocó algunos problemas que terminaron por resolverse sin mayores fricciones; el primero se relacionó con el asilo, derecho que México, por tradición, había ejercido con gran celo. Pero en esa ocasión las condiciones eran diferentes. Buen número importante de colaboradores del dictador Fulgencio Batista buscó refugio en algunas embajadas, entre ellas la de México; gobierno y pueblo cubanos insistían en que había que enjuiciar a muchos de ellos por crímenes contra opositores del viejo régimen. Su imagen era bien conocida en la isla y en el exterior.

Las autoridades cubanas solicitaron al Gobierno de López Mateos que retuviera a los asilados dentro de territorio mexicano, añadiendo que en su momento iniciaría procesos para su extradición a fin de someterlos a

⁶ *Tiempo*, 12 de enero de 1953, p. 13.

juicio por delitos del orden común. La solicitud contradecía las disposiciones sobre el derecho de asilo firmadas por México,⁷ y también la pretensión de algún funcionario cubano publicada en la prensa de que las autoridades de su país calificaran quiénes podrían considerarse perseguidos políticos y abandonar el país.

Al parecer, como un gesto de cortesía, el Gobierno mexicano decidió aceptar la petición de que los asilados permanecieran en su territorio, pero se negó a cualquier cesión en lo que se refiere a la calificación de los delitos atribuidos a los asilados.

El segundo problema que surgió en el primer año del régimen de Fidel Castro fue la solicitud del gobierno cubano para que México entregara un cargamento de armas —detinadas a las guerrillas—, que había decomisado poco antes del triunfo de la revolución. Después de algunas negociaciones México aceptó enviar las armas con la condición de que permanecieran en Cuba —condición explicable, dado el tenso ambiente que se vivía en aquellos momentos en el Caribe—.

Más complicado resultó un tercer problema: el tránsito por territorio y aguas mexicanas de algunas decenas de cubanos e individuos de otras nacionalidades latinoamericanas, que pretendían combatir contra algunas dictaduras de la región. También hubo rumores de que algunos de estos posibles guerrilleros recibían adiestramiento en tierras mexicanas, para después partir hacia países de Centro y Sudamérica.

El Gobierno de López Mateos procuró manejar este asunto con delicadeza, para evitar que el régimen cubano pudiera interpretar que le imputaba alguna responsabilidad sobre actos que condenaba públicamente. Le hizo saber que había ordenado una discreta investigación sobre el asunto, dada la gravedad que este tendría de confirmarse. El liderazgo cubano se apresuró a responder subrayando que reprobaba actos de esa naturaleza.

Méjico ante el conflicto Estados Unidos-Cuba

El triunfo de la Revolución cubana fue recibido con cierta simpatía en Estados Unidos, tanto en círculos políticos como en algunos sectores de la población. Sin embargo, muy pronto las relaciones comenzaron a enfriarse y hacia fines de 1959 era clara la tirantez porque las medidas revolucionarias comenzaron a afectar intereses de Estados Unidos y au-

⁷ Convenciones de La Habana, Montevideo y Caracas.

mentaba el atractivo de la revolución cubana como posible modelo para otros países de América Latina. Esto se acentuó a partir de mayo cuando se promulgó la Ley de Reforma Agraria. A esto se añadían los temores de que los dirigentes cubanos estimulaban las guerrillas en algunas naciones del continente.

Ya en el verano de 1959 uno que otro funcionario estadunidense dejaba entrever en sus declaraciones su creencia de que el régimen cubano tenía apoyo soviético. Con la preocupación de que la revolución fidelista se convirtiera en ejemplo para otros países del continente con similares problemas socioeconómicos, las autoridades norteamericanas comenzaron a alabar el movimiento revolucionario mexicano, subrayando las diferencias que consideraban positivas respecto al proceso cubano. Les interesó particularmente resaltar que nadie había exportado la revolución a México y que los gobiernos mexicanos, fieles a su proyecto original, habían avanzado en el camino de la democracia, la libertad y la justicia.

Washington fue pasando de la advertencia (las medidas revolucionarias desalentaban a las inversiones extranjeras e incluso nacionales) a veladas amenazas de represalia económica. Pero el conflicto sordo se mantenía entre ambos países.

Se hizo un primer intento, vago e infructuoso de hacer multilateral el enfrentamiento en la V Reunión de Consulta de Ministros de Relaciones Exteriores de los países de la OEA, convocada por el Consejo del organismo a petición de los delegados de Estados Unidos, Perú, Brasil y Chile, para analizar la "grave situación" que existía en el Caribe y tomar las medidas necesarias para restablecer la armonía en la zona. No se precisaba en la convocatoria ni en los documentos que se distribuyeron antes de la reunión en qué consistía esa situación ni en qué forma afectaba a los países miembros. Todo había partido de una acusación de Leonides Trujillo, de que sus opositores, apoyados por Cuba y Venezuela, habían intentado invadir la República Dominicana.

Lo que ocultaban los términos vagos de la convocatoria, escribiría más tarde Manuel Tello, canciller de México, era la "tirantez de las relaciones entre Cuba y los Estados Unidos, y la mala voluntad que para los gobiernos de Cuba y Venezuela abrigaban la dictadura de Trujillo, en la República Dominicana, y el clan Somoza en Nicaragua".⁸

⁸ Sugerente recuento de esta reunión de cancilleres y de las que siguieron se encuentra en el libro de Tello, *Méjico: una posición internacional*, México, Cuadernos de Joaquín Mortiz, 1972, pp. 45 y ss.

México envió a la reunión una delegación pequeña pero muy selecta de diplomáticos.⁹ A los delegados no se les escapaba el hecho de que prácticamente el único punto que se discutiría era “la posible relación jurídica entre el respeto efectivo de los derechos humanos y el ejercicio de la democracia representativa y la facultad de poner en marcha los mecanismos previstos por el derecho internacional positivo americano”. Todo ello, pedían los mexicanos, debía verse a la luz del principio de no intervención.¹⁰

Con una estrategia que se usó mucho en los años posteriores, Tello estableció anticipadamente cuál sería la actitud de México, en una especie de compromiso público que serviría como escudo ante presiones en el transcurso de la reunión. Precisó que para el Gobierno mexicano la OEA ni había sido creada ni debería servir para establecer o derrocar gobiernos. Correspondía única y exclusivamente a los ciudadanos de un país decidir qué tipo de régimen deseaban adoptar o mantener. Con estas declaraciones se quería dejar en claro que México rechazaba cualquier aumento de las facultades de esa organización.

Esta posición contrastaba con la de otros países, entre ellos Venezuela, que insistía en que el principio de no intervención no debía convertirse en escudo de dictadores. Comenzaba a gestarse una corriente que si bien aceptaba que los miembros de la OEA no tenían facultad para intervenir en los asuntos internos de otros países, opinaba que en determinadas condiciones, el organismo como tal, sí podría hacerlo. Por ello, aún a sabiendas de que las reuniones de consulta no tenían facultades para enmendar la Carta de la OEA, México presentó un proyecto de resolución cuyo objetivo era “ampliar el mandato de no intervención a la organización misma”, como sucedía en el caso de las Naciones Unidas.¹¹ El propósito, según Tello, era dar un carácter declaratorio al proyecto, que expuso con detalle en su primera intervención en la reunión de consulta. Afirmó que de la Carta de la OEA se desprendía el compromiso de los países latinoamericanos con la democracia y el respeto a los derechos humanos. Ese compromiso tenía raíces muy antiguas en nuestro continente. La Revolución mexicana, añadió, era un ejemplo de la lucha contra la dictadura, pero, recomendó a los delegados no caer en la ten-

⁹ Alfonso García Robles, Vicente Sánchez Gavito, Ismael Moreno Pino, Luis Weckman y Tello.

¹⁰ *Ibid.*, p. 45

¹¹ En el artículo 2, párrafo 7 de la Carta de la ONU se precisa que ninguna disposición de la misma autorizará a las Naciones Unidas a intervenir en los asuntos internos de los estados (*ibid.*, p. 47)

tación de violar principios vitales en su afán de resolver problemas o favorecer situaciones deseables, por urgentes que éstos parecieran.

A lo largo de las sesiones proliferaron las acusaciones mutuas entre los países caribeños ya mencionados.¹² Los estadunidenses mediante el Secretario de Estado, Christian A. Herter, se refirieron de una manera más vaga a "los designios de agresión e imperialismo del comunismo internacional".¹³

Los únicos resultados concretos de la reunión fueron la llamada Declaración de Santiago, que reiteraba los principios de la Conferencia de Bogotá y una resolución que llamaba a la concordia y buena voluntad, de estricto respeto al principio de no intervención y cumplimiento de los instrumentos jurídicos en vigor que, se esperaba, contribuyeran a restablecer la armonía en el hemisferio.

En los meses siguientes a esta quinta reunión se acentuó el deterioro de las relaciones entre Cuba y Estados Unidos. El ejecutivo norteamericano se esforzó por desligarse de las críticas que la prensa hacía a la revolución isleña. En el Congreso estaban divididas las opiniones sobre el alcance máximo de las reformas que podrían ser aceptables para los norteamericanos. En el verano de 1959, el Departamento de Estado había enviado a Fidel Castro una nota en que manifestaba preocupación por la Ley de Reforma Agraria, precisando que su Gobierno no vería con buenos ojos una reforma muy amplia y esperaba que, de llevarse a cabo expropiaciones a éstas correspondiera una indemnización justa pronta y adecuada.

En el otoño de ese año la posición de Washington era más dura. Se supo de su intervención para evitar que Cuba adquiriera armas en Europa para las milicias populares, y que Gran Bretaña le vendiera aviones. El argumento que se usó era conservar la paz en el Caribe.

En esos momentos comenzaron también los vuelos de aviones piratas sobre la isla, se incrementaron las actividades de terrorismo y sabotaje, especialmente el incendio de cañaverales y la ciudad de La Habana fue bombardeada. Hacia fines del año, los dirigentes cubanos acusaban ya sin ambages al gobierno norteamericano de apoyar esas actividades,

¹² Hasta ese momento, los dirigentes cubanos habían sido cuidadosos al referirse en sus declaraciones a Estados Unidos, pero criticaban continuamente las dictaduras de Somoza, Trujillo, Duvalier y Stroessner.

¹³ M. Tello, *op. cit.*, pp. 44-45.

Estados Unidos intervino para evitar que Cuba adquiriera armas en Europa.



aunque Washington negaba cualquier participación. Eisenhower manifestó públicamente su extrañeza por las críticas cubanas y su preocupación por los ataques. Consideraba que las reformas eran aceptables siempre y cuando se ajustaran al derecho internacional. Expresaba, por último, su confianza en la habilidad de los dirigentes revolucionarios para no caer en el comunismo; en meses anteriores, durante su viaje por América Latina, había mantenido una posición bastante parecida. Criticó a los regímenes tiránicos, hizo un llamado a cumplir los acuerdos interamericanos y, en términos relativamente vagos, ofreció ayuda para el desarrollo. No llegó, sin embargo, a aceptar explícitamente que las raíces de los movimientos revolucionarios se encontraban en las condiciones socioeconómicas de los países americanos.

Mientras se deterioraban las relaciones entre Cuba y Estados Unidos, el gobierno de la Unión Soviética había sido parco en sus declaraciones sobre lo que estaba sucediendo en Cuba. La prensa soviética sí lo había hecho, expresando su esperanza de que no ocurriera un caso similar al de Guatemala en 1954. Curiosamente, al referirse a Venezuela, lo hacían en términos muy semejantes.



Eisenhower se reunió con López Mateos durante el viaje que realizó por América Latina.

En enero de 1960 Eisenhower hizo una especie de último llamado a las negociaciones con Cuba. Los dirigentes de ésta expresaron su disposición a llevarlas a cabo siempre y cuando no se tomaran mientras tanto medidas unilaterales que afectaran la economía cubana. Se referían, sin duda a la discusión del gobierno norteamericano sobre una posible reducción de la cuota de importaciones de azúcar cubano. Washington se negó a aceptar un compromiso de esa especie.

El Gobierno cubano buscó entonces aumentar los contactos con algunos gobiernos de América Latina, y en particular manifestó gran interés por estrechar las relaciones con México; desde finales de 1959, invitó con frecuencia al Secretario de Relaciones Exteriores a visitar la isla, señalando que deseaba que fuera el primero de los cancilleres en visitar Cuba. La aceptación se pospuso por varios meses, alegando Tello que su presencia en México era muy necesaria en esos momentos.

La relación cubano-norteamericana se volvía más tensa. Eisenhower autorizó el apoyo a exiliados cubanos que pretendían combatir contra Fidel Castro, cuyas medidas eran cada vez más radicales; las acusaciones de que el régimen cubano iba hacia el comunismo empezaron a proliferar en todos los medios estadunidenses. El conflicto, que seguía siendo bilateral, cambió a partir de 1960, para insertarse en la disputa Este-Oeste. Al parecer, los rumores de que el ejecutivo norteamericano quería la autorización de su congreso para reducir la cuota de azúcar cubano, llevó al gobierno de la isla a buscar el apoyo de la Unión Soviética. A principios de febrero, Anastas Mikoyan, viceprimer ministro de la URSS, quien visitaba algunos países latinoamericanos, entre ellos México, llegó a La Habana para inaugurar una exposición industrial. La ocasión se aprovechó para anunciar la firma de un préstamo soviético a Cuba por 100 millones de dólares y el compromiso de adquirir cinco millones de toneladas de azúcar durante cinco años.

El gobierno cubano intensificó su búsqueda de apoyo en algunos países latinoamericanos, entre ellos México, a los que visitó el presidente de Cuba, Osvaldo Dorticós. Las visitas hechas a mediados de 1960 a Venezuela, Argentina y Brasil, según informes de la prensa, se caracterizaron por una gran frialdad. No así en México, donde el Gobierno le dio una acogida más cálida. Los funcionarios mexicanos resaltaron en sus discursos de bienvenida las similitudes entre los movimientos revolucionarios de los dos países y la incomprendición que ambos encontraron en el exterior.

Al parecer, en la visita se puso énfasis en temas protocolarios, evitando tocar a fondo cuestiones delicadas como la posibilidad de que México se beneficiara del recorte de la cuota norteamericana de importaciones de azúcar cubano. El Gobierno de López Mateos había venido soportando las presiones de los productores mexicanos de azúcar cuyas exportaciones habían caído desde 1958 por los excedentes del mercado mundial. Los productores habían comenzado a hacer labor de cabildeo en Estados Unidos a fin de que se aumentara la cuota de México, pero querían que el gobierno los apoyara en los laberintos de Washington.¹⁴

El comunicado conjunto de los presidentes cubano y mexicano dejó entrever que en las conversaciones se habían tocado temas difíciles como la adhesión a la OEA y el recurso a las Naciones Unidas para resolver diferencias entre países. Se anticipaba así la línea que habría de seguir Cuba al acelerarse los acontecimientos a partir de mayo de 1960.

En ese mes el gobierno cubano informó que creaba un departamento de industrias que manejaría las ciento veinte empresas expropiadas. De mucho mayor alcance fue el siguiente anuncio: la ocupación de grandes latifundios propiedades de compañías azucareras extranjeras.

La búsqueda de apoyo socialista por parte del gobierno cubano se hizo más evidente que nunca. Raúl Castro y Ernesto Guevara partieron hacia los países socialistas, en tanto se anunciaba la reanudación de relaciones diplomáticas con la Unión Soviética y, poco más tarde, con Polonia y la República Democrática Alemana y se elevaba al rango de embajada la legación en Checoslovaquia. Kruschev, desde la Cumbre de París, aplaudía con entusiasmo la revolución fidelista mientras llegaban noticias sobre acuerdos de compraventa de petróleo por azúcar firmados con los países del Este de Europa y sobre promesas de que venderían a Cuba numerosos productos, entre ellos, aviones.

Las presiones sobre el gobierno estadunidense se agudizaron. Quienes había sido afectados le exigían, entre otras medidas, suspender de inmediato las compras de azúcar cubano. El congreso aún se resistía, entre otras razones, porque algunos pensaban que la medida empujaría aún más a Cuba hacia las naciones socialistas. Con todo, se aprobó una ley que autorizaba al presidente norteamericano a reducir la cuota de importaciones cuando lo creyera conveniente. La ocasión se presentó casi de inmediato.

¹⁴ Hay indicios de que lograron su propósito a partir de enero de 1960, cuando al parecer el Gobierno mexicano respondió a su demanda.

En los meses anteriores le había sido cada vez más difícil al Gobierno de Fidel Castro obtener petróleo de sus antiguos abastecedores y entre los apoyos que buscó en los países socialistas fue precisamente el abastecimiento de combustible. Al comenzar el verano llegaron los primeros embarques de petróleo procedente de la URSS. Las refinerías norteamericanas instaladas en la isla se negaron a procesarlo, y el gobierno cubano: las expropió. Washington reaccionó con represalias económicas a lo que el Consejo de Ministros cubano contestó facultando al presidente y al primer ministro a expropiar todas las propiedades norteamericanas cuando consideraran necesario para el interés nacional.

La escalada continuó con el anuncio de que se suspendían la importación de azúcar cubano; los embajadores de Estados Unidos en América Latina comunicaron de manera oficial a los gobiernos ante los cuales estaban representados que quedaban claros los esfuerzos del comunismo internacional por usar a Cuba como base para penetrar en el hemisferio occidental.¹⁵

Ante ese giro de los acontecimientos, el Gobierno de López Mateos tuvo que definir su posición. Era prácticamente imposible seguir viendo al conflicto como un problema entre Cuba y Estados Unidos, dada la insistencia de éste en considerarlo un problema de todo el hemisferio y, más aún, por la tensa situación mundial. En esos momentos fracasaba la cumbre de París, un avión norteamericano U2 fue derribado en una misión de espionaje sobre la Unión Soviética, el problema de Berlín estaba en un punto álgido y en varios países de África se acrecentaban enfrentamientos en los cuales, en una u otra forma, participaban las dos potencias.

El Gobierno de México no sólo enfrentaba esta difícil situación internacional. Los efectos de la revolución cubana se sentían con toda claridad en el país. Aun dentro del Gobierno hubo altos funcionarios a quienes molestó la visita de Dorticós. Pocos días después, el Procurador de Justicia de la Nación criticó acerbamente a los comunistas —entre los que incluyó a los líderes ferrocarrileros presos— y los acusó de traidores a la patria. Varias organizaciones publicaron declaraciones en el mismo sentido. Otros políticos distinguidos tomaron distinta posición cuando parecía sentirse la urgencia de definiciones. Días después, el 7 de junio, el expresidente Lázaro Cárdenas declaró que México no estaba a resguardo de un movimiento revolucionario dado el fortalecimiento de los intereses monopólicos, palabras que parecieron alentar las reclamaciones de los grupos de izquierda.

¹⁵ Detalles del deterioro de las relaciones cubano-norteamericanas en Lucinda Garza, *Cuba y Estados Unidos. 1959-1961*, tesis, México, El Colegio de México, 1970.

A la oleada de declaraciones que siguió se unió el Presidente de la República, quien afirmó el primero de julio que su Gobierno “era de extrema izquierda dentro de la Constitución”. Esta, precisó, era fruto de una revolución típicamente popular que aspiraba elevar los niveles de vida del pueblo.¹⁶ Esta declaración se encuadraba en el discurso nacionalista y popular que, como se ha dicho, López Mateos había ido adoptando muy posiblemente con la intención de reconstruir el consenso interno que tenía fisuras graves. Al discurso acompañaron una serie de medidas que se tomaron sobre todo en 1960, entre ellas el aumento del gasto público para elevar el nivel de vida de los sectores menos favorecidos y otras de corte nacionalista, entre las que destacaron la nacionalización de la industria eléctrica y la reforma de la ley minera —que favoreció la adquisición de la mayoría de las acciones de La Consolidada y de Peñoles— y la adopción del criterio de que el capital extranjero no debía ser mayor que el mexicano en toda empresa proveedora de materia prima o de productos fundamentales.¹⁷

Ante el revuelo provocado por la declaración de López Mateos y, especialmente, por el temor y disgusto expresado por los organismos empresariales, el presidente de la Comisión Permanente del Congreso, Emilio Sánchez Piedras, se apresuró a aclarar que no había cambio de rumbo. Los empresarios podían estar tranquilos. Todo lo que se les pedía era “poner sus caudales, sin menoscabo de legítimas utilidades... para crear nuevas fuentes de trabajo al amparo de la ley y contribuir eficazmente al desarrollo de la nación”.¹⁸ En ese preciso momento, y en medio de la exaltación interna, el embajador norteamericano entregó a la Secretaría de Relaciones Exteriores una nota en la que explicaba la decisión de su Gobierno de reducir la cuota azucarera cubana y expresaba su convicción de que el comunismo internacional intentaba penetrar en todo el hemisferio occidental desde Cuba.

Quizá para evitar que una vez más el Presidente fuera el centro de la tormenta, y ante la necesidad de articular una política, el Congreso intentó establecer la pauta a seguir. El diputado Emilio Sánchez Piedras, líder de la Cámara de Diputados, pidió a Estados Unidos mostrar más comprensión por los anhelos de justicia de las naciones del continente y

¹⁶ *Política*, 15 de julio de 1960, pp. 3-5.

¹⁷ En 1962 se tomaron medidas para mexicanizar la explotación del carbón mineral; otras semejantes se tomaron en los casos de complejos algodoneros y compañías de aviación (Luis G. Zorrilla), *Historia de las relaciones entre México y Estados Unidos, 1800-1958*, México, Editorial Porrúa, 1966, t. 2, p. 554.

¹⁸ *Excélsior*, 8 de julio de 1960.

comprender que la ignorancia y la miseria eran la verdadera amenaza para la paz del hemisferio, y reiteró la solidaridad de México con Cuba en su esfuerzo por alcanzar la justicia social y la independencia económica.¹⁹

El 9 de julio de 1960, el Senador Manuel Moreno Sánchez declaró que aun cuando México no contaba con suficiente producción de petróleo, debía vendérselo a Cuba en esos momentos de emergencia. Expresó su apoyo a las declaraciones de Sánchez Piedras, aunque precisó que en México era el Presidente quien tenía la facultad constitucional de definir la política exterior del país. Añadió que no se trataba de señalar lo que debía hacer Estados Unidos, pero sí dejar en claro que los mexicanos no habían olvidado su Revolución ni los problemas que habían enfrentado para llevar a cabo sus transformaciones sociales, problemas semejantes a los que ahora tenía Cuba.

Este esfuerzo de precisión no fue suficiente para evitar que el gobierno de Estados Unidos se apresurara a pedir explicaciones sobre las declaraciones del líder de la Cámara Baja. Tanto el embajador Hill, como funcionarios en Washington, se acercaron a sus colegas mexicanos para precisar el alcance de esas declaraciones. Carrillo Flores informó al subsecretario de Estado, Roy R. Rubottom, que el presidente establecía la política exterior de México. Rubottom pidió entonces una aclaración pública sobre el asunto, y lo mismo hizo el embajador Hill en su entrevista con el canciller Tello.²⁰

En esta etapa del conflicto alrededor de la revolución cubana, los funcionarios y diplomáticos mexicanos dejaron entrever que el interés de su país se centraba en evitar que Cuba se alejara del sistema interamericano y que era necesario demostrar que dentro de éste era posible llevar a cabo las reformas socio-económicas que las naciones latinoamericanas demandaban.

Comenzó a prepararse entonces un comunicado de prensa de la SRE que pretendía conciliar los intereses en pugna, pero los acontecimientos se precipitaron. El 9 de julio Khruschev dijo que la Unión Soviética esta-

¹⁹ Loc. cit.

²⁰ Esta petición, al parecer, fue reforzada por el embajador de Brasil en México, quien dejó entrever que tales declaraciones indicaban que el Gobierno de López Mateos creía que Estados Unidos había cerrado las puertas a Cuba. De ser así, los esfuerzos de mediación que —según Tello se comenzaban a organizar con la colaboración del gobierno brasileño— no tendrían sentido (Manuel Tello, *op. cit.*, p. 72). Volveré al tema más adelante.



Los presidentes de México y Brasil unirían esfuerzos para interponer sus buenos oficios entre Cuba y Estados Unidos.

ba dispuesta a defender a Cuba con cohetes nucleares, si fuera agredida. Al día siguiente Fidel Castro dejó entender que aceptaba el ofrecimiento. En este ambiente enrarecido, la SRE expidió un comunicado en que se reiteraba la separación de poderes en México y que las declaraciones de miembros del Congreso no comprometían al Jefe del Ejecutivo, encargado de la política exterior. Se consignaba el afecto del pueblo mexicano por Cuba, el cual compartía sus ansias por lograr el mejoramiento económico y la justicia social. Por último, se expresaba confianza en que aún era posible encontrar solución a las diferencias entre Estados Unidos y Cuba dentro del sistema interamericano.²¹ El Gobierno se esforzó por evitar manifestaciones antinorteamericanas que polarizaran la situación interna y complicaran aún más sus relaciones con el gobierno de Washington.²² Al mismo tiempo procuró organizar en un esfuerzo común a otros dos gobiernos para que interpusieran sus buenos oficios entre Estados Unidos y Cuba. Se pensó en la conveniencia de que fue-

²¹ *Ibid.*, p. 69

²² Según algunos especialistas estadunidenses, las declaraciones de Sánchez Piedras provocaron una reacción de enojo en los círculos políticos de Washington que no se había visto desde la expropiación petrolera. Aunque esta afirmación es a todas luces exagerada, sí da indicios del disgusto del gobierno de Eisenhower.

ran dos países miembros de la OEA, Brasil y el propio México, y uno, Canadá, no miembro del organismo regional, pero sí de las Naciones Unidas, organismo en donde el gobierno de Fidel Castro quería que se discutiera su conflicto con Estados Unidos.

Al hacer los primeros contactos, los diplomáticos mexicanos insistieron en que el interés principal de su Gobierno era evitar que Cuba se alejará del sistema interamericano y se inclinará definitivamente por el socialismo. Por ello, era deseable y crucial que se procurara reducir la tensión entre los dos países antes de que se llegara a una nueva reunión de consulta de cancilleres, propuesta que ya flotaba en el ambiente. Una reunión en las condiciones prevalecientes en ese momento tendría resultados negativos.

Al parecer la propuesta fue bien recibida por el Gobierno brasileño, mientras que el canadiense mostró dudas; deseaba se encontrara la forma de conciliar las medidas expropiatorias de Cuba con el resguardo de los intereses privados norteamericanos. El gobierno canadiense también solicitó que se sondara a las autoridades de Estados Unidos y Cuba, para ver la acogida que tendría su gestión, antes de dar cualquier paso. Tanto los diplomáticos mexicanos como los brasileños que hicieron esos contactos, encontraron en ambos lados una respuesta vaga, que parecía simplemente una negativa cortés. El gobierno estadunidense pensaba que el conflicto había traspasado las fronteras de la relación bilateral y el cubano, aunque insistía en que se trataba de un conflicto de ese tipo, no estaba dispuesto a aceptar condiciones a sus medidas revolucionarias o detenerlas.

En realidad, hacía varios meses que el Gobierno de Eisenhower había decidido tomar medidas para derrocar a Fidel Castro. La simpatía que en un principio mostraron algunos altos funcionarios de Washington hacia la revolución cubana, se convirtió en interés de que éste moderara su actitud y, más tarde, en certidumbre de que no lo haría. El 17 de marzo de 1960, al regreso de su viaje a algunos países latinoamericanos (Brasil, Chile y Uruguay) durante el cual constató la atracción —y también el rechazo— que ejercía el líder cubano, Eisenhower, al mismo tiempo que planteaba la necesidad de revisar inmediatamente y a fondo la política de su gobierno hacia América Latina, autorizó una especie de programa de acción para derrocarlo. Este tenía cuatro o cinco líneas de acción básicas: apoyo a la oposición antifidelista fuera de Cuba; propaganda intensa contra el gobierno revolucionario; organización de una red de espionaje en la isla y creación de una fuerza paramilitar fuera de Cuba para acciones guerrilleras en el futuro. Al mismo tiempo se intensi-

ficaron, como hemos visto, las presiones económicas.²³ Desconociendo los planes del gobierno de Eisenhower, y a pesar de la fría respuesta inicial, el canciller Tello confiaba en que se podría volver a hacer la misma propuesta en un momento de menos tensión.

Cinco días después de las declaraciones de Khruschev, se dieron los primeros pasos para convocar la reunión de cancilleres de la que se había venido hablando por algún tiempo y que varios gobiernos latinoamericanos veían con desgano. Los diplomáticos peruanos propusieron formalmente que se realizara para analizar, a la luz del artículo 39 de la Carta de la OEA, las declaraciones del líder soviético. Se decía que los peruanos contaban con el apoyo del gobierno de Estados Unidos, que deseaba aprovechar esa reunión para que se trasladara al organismo regional la solicitud hecha por Cuba al Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas para que considerara las agresiones en su contra.²⁴

Los gobiernos que no deseaban la reunión de consulta se apresuraron a recomendar a los líderes cubanos que manifestaran públicamente su interés por mantenerse en el sistema interamericano y pusieran cierta distancia en sus relaciones con los países socialistas, solicitud que a su manera recogieron los gobernantes cubanos. El 14 de julio Ernesto Guevara declaró que Cuba lucharía contra toda intervención o dominio extranjero, ya fuera estadunidense o soviética.²⁵ Esto, como era de esperarse, no fue suficiente para el gobierno de Washington que comenzó a presionar para que se celebrara la VII Reunión de Consulta de Cancilleres en cuanto terminara la VI que había sido convocada para considerar la agresión dominicana en contra de Venezuela.

En esa VI Reunión, la delegación mexicana votó en favor del proyecto de resolución propuesto por el Gobierno de Washington que condenaba el Gobierno de Trujillo y proponía como sanciones la ruptura de las relaciones diplomáticas y comerciales. Se apartaba así de la posición tradicionalmente mantenida en casos similares.²⁶ En cambio, se opuso al envío de una comisión de la OEA para supervisar las elecciones en ese país, alegando que constituiría un acto intervencionista, argumento que se debilitaba al compararse con la votación aprobatoria en cuanto a las sanciones.

²³ Stephen Rabe, *Eisenhower and Latin America. The Foreign Policy of Anticommunism*, Chapel Hill, University of North Carolina, 1988, pp. 129-130.

²⁴ De hecho eso fue lo que sucedió. El Consejo de Seguridad no adoptó ninguna resolución con el argumento de que esa situación estaba siendo considerada por la OEA, aunque, como dice Tello, aún no era el caso (M. Tello), *op.cit.*, p. 77.

²⁵ *Excélsior*, 15 de julio de 1960.

²⁶ Mario Ojeda, *op.cit.*, pp. 49-50.

No era difícil imaginar que las medidas contra el gobierno de Trujillo podrían utilizarse como antecedente para aplicarlas a Cuba. En gran medida por esa razón varios gobiernos latinoamericanos veían con preocupación la inminencia de la VII Reunión de Consulta. En la reunión preparatoria, los delegados mexicanos procuraron que se hicieran algunas modificaciones a la agenda, sobre todo en lo que se refería a la cooperación interamericana para la defensa de las instituciones democráticas y contra las actividades subversivas de cualquier organización, gobierno o sus agentes. Los objetivos mexicanos para esa reunión de cancilleres fueron defender firmemente los principios de autodeterminación de los pueblos y de no intervención, restar importancia a las declaraciones del líder soviético, obtener la reafirmación cubana de su pertenencia al sistema interamericano y evitar una condena a este país.

En su discurso, Tello insistió en que la defensa de las instituciones democráticas debía hacerse de acuerdo con las estipulaciones de la Carta de la OEA; que la defensa de la democracia era cuestión de jurisdicción interna mientras no se produjera una agresión y el Estado agredido no solicitara la ayuda de los demás. No dejó de referirse el canciller a la falta de comprensión del proceso revolucionario cubano, actitud que, en su momento, también habían sufrido los gobiernos revolucionarios de México.²⁷

Por su parte, el canciller cubano, Raúl Roa, negó una y otra vez que su gobierno fuera comunista, antes de abandonar la reunión sin que se hubiera aún llegado a un acuerdo sobre el texto final de la Declaración de San José. Las propuestas para modificar este texto, de Venezuela y otros países, entre ellos México, se rechazaron de manera abrumadora. Con todo, aunque se condenó la intervención de potencias extracontinentales en los asuntos del hemisferio, no se condenó a Cuba, lo que subrayó Tello al firmar la declaración. Cinco cancilleres siguieron esta pauta.²⁸

Al defender la firma de las críticas de la izquierda mexicana, López Mateos subrayó en su siguiente informe que la resolución condenaba la acción de potencias extracontinentales en el hemisferio, pero no a Cuba y añadió que era todo lo que de acuerdo común había podido alcanzarse en la Reunión.²⁹

²⁷ Manuel Tello, *op. cit.*, pp. 89 y ss.

²⁸ De hecho, los estadounidenses opinaron que la intervención de Tello le había quitado la sustancia a una declaración de por sí débil. Según dijo Milton Eisenhower, Tello le había sacado la poca sangre que tenía (cit. por Rabe, *op.cit.*, p. 166).

²⁹ *Los presidentes ante la Nación*, p. 717.

En el siguiente otoño, Cuba se convirtió en tema importante de la campaña presidencial en Estados Unidos. John F. Kennedy, candidato del partido demócrata, acusó a los republicanos de haber perdido a Cuba. Mientras tanto, seguían las expropiaciones de bienes estadunidenses en la isla, y Washington aumentaba sus sanciones económicas: el 20 de octubre se decretó el embargo de gran parte del comercio con ese país.

Al terminar 1960 aumentó la preocupación de varios gobiernos latinoamericanos por lo que consideraban infiltración comunista. Se hablaba también de la participación cubana en fuertes disturbios que hubo en la capital de Venezuela. En círculos diplomáticos latinoamericanos se rumoraba que era posible el rompimiento colectivo de relaciones diplomáticas con Cuba, el embargo al comercio, la creación de una fuerza interamericana para evitar la exportación de revoluciones y el establecimiento de un comité para estudiar la penetración comunista en el continente. El Gobierno de Estados Unidos al parecer sugirió al presidente Betancourt que solicitara una nueva reunión de cancilleres de la OEA, pero el mandatario no mostró entusiasmo.

Unos cuantos días antes de que Eisenhower entregara el poder a Kennedy, Estados Unidos rompió sus lazos diplomáticos con Cuba. Al celebrar el 20. aniversario de la revolución, Castro pareció instar a su auditorio para que le pidiera la expulsión o gran reducción de los diplomáticos estadunidenses acreditados en La Habana, a lo que Washington respondió con la ruptura, alegando que esa reducción impedía a su personal cumplir con sus funciones y que, sobre todo, era muestra de que el Gobierno cubano no deseaba mantener relaciones.

Primeros pasos para diversificar las relaciones exteriores de México. El viaje presidencial a América Latina

Aunque buena parte del esfuerzo diplomático mexicano se concentró en 1960 en el conflicto entre Cuba y Estados Unidos y sus consecuencias para el hemisferio, también se ocupó en diversificar las relaciones internacionales del país. La primera medida que reflejaba el interés del gobierno en esa apertura fue elevar a rango de embajada todas las representaciones diplomáticas que se tenían. Algunos mandatarios y otros altos funcionarios extranjeros visitaron México. Al presidente Dörticós y al viceprimer ministro Mikoyan, se sumaron el primer ministro canadiense y el presidente de Indonesia, y varios cancilleres, entre ellos los de Japón, Holanda y República Árabe Unida. A partir de algunas de estas visitas se inició la preparación de los futuros viajes de López Mateos.



El Presidente Adolfo López Mateos buscó con Venezuela...

En el primero de ellos, desde la segunda mitad de enero, el mandatario mexicano visitó Venezuela, Brasil, Argentina, Chile y Perú. Se reconoció que se buscaba estrechar los lazos económicos con América Latina en general, concertar la defensa de los precios de nuestras materias primas y organizar la complementación de las economías de la región, pero la selección de los países incluidos en este viaje se basó en un criterio político: todos ellos tenían gobiernos democráticos. Así lo admitió el presidente ante periodistas chilenos.³⁰

En materia económica, los objetivos concretos eran promover la firma de acuerdos comerciales y respaldar la decisión de participar desde el principio en formar la zona de libre comercio, como primer paso hacia un mercado común. En el terreno bilateral se exploró la posibilidad de llegar a acuerdos en las industrias siderúrgica y petrolera, para crear empresas mixtas. En el caso de Brasil, se anunció el propósito de facilitar los contactos de los empresarios de ambos países para promover el comercio y las exportaciones tradicionales. En Perú, se subrayó la coincidencia en la posición de ambos países frente al problema del plomo y del zinc, y la dificultad para ambos de industrializar los productos derivados de esos metales.³¹

³⁰ *Presencia internacional de Adolfo López Mateos*, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1963, p. 224.

³¹ *Ibid.*, pp. 142, 156, 262-264.



...y con Chile diversificar las relaciones internacionales.

El discurso presidencial ligó los motivos de esta búsqueda de fortalecimiento económico compartido con la cuestión de la estabilidad política. Precisamente la desigualdad económica de los miembros de la OEA, subrayó López Mateos, era la debilidad principal del organismo. En ningún momento criticó directamente a la organización, y resaltó su compromiso con la democracia representativa, el respeto a los derechos humanos y libertades fundamentales, y con él repudió la injerencia de un estado en los asuntos internos de otro. Reconoció que la Declaración de Santiago calificaba a los regímenes antidemocráticos como violadores de los principios de la asociación, pero precisó que cualquier acción colectiva en ese sentido debía conciliarse con el principio de no intervención, "una de las tesis cardinales de nuestra política".³² La democracia, subrayó una y otra vez, era prerrogativa exclusiva de cada pueblo, sin interferencias externas, por bien intencionadas que éstas fueran.

El tema de la revolución cubana era en realidad el trasfondo de estas declaraciones que contrastaron notablemente con las que expresaron gobernantes de algunos países visitados. López Mateos reiteró también las coincidencias que percibía entre la Revolución mexicana y la cubana. Ante una pregunta directa de periodistas sobre el tema de la infiltración comunista, López Mateos respondió: "en México, desde hace muchos

³² *Ibid.*, p. 142.



En Perú, el Presidente de México trató el problema común de la industrialización de los productos de plomo y zinc.

años, desde el inicio mismo de la Revolución, hubo tendencias anarquistas comunistas, comunistas marxistas, comunistas stalinistas, y cada una de ellas ha hecho su propia propaganda. El comunismo espero que no progrese en nuestro país, en tanto nosotros mismos seamos capaces de resolver nuestros problemas internos".³³

México y la integración latinoamericana

Este viaje a Sudamérica tuvo como objetivo tanto reforzar los lazos políticos y económicos de carácter bilateral como demostrar el interés de México en la integración económica de América Latina. Desde sus inicios, el Gobierno de López Mateos estuvo muy consciente de la tendencia que prevalecía en esos momentos hacia la formación de bloques. Se pensaba que la participación de México en ese proceso de integración sería especialmente benéfica para la industria mexicana, una de las más avanzadas de la zona. De ahí que funcionarios mexicanos participaran muy activamente en elaborar un ambicioso proyecto presentado en la reunión de la CEPAL, en mayo de 1959. Se proponía crear un mercado común latinoamericano, a partir de una zona de libre comercio, mediante mecanismos con un alto grado de automaticidad, pero que reconocieran el diferente nivel de desarrollo de los países del área. El proyecto encontró la firme oposición de las naciones del Cono Sur, funcionarios del GATT, FMI y del Gobierno norteamericano. Sólo Cuba lo apoyó sin reservas.

En esa reunión se decidió crear una comisión de expertos que se encargaría de redactar un anteproyecto para formar un mercado común que debía ser discutido en febrero de 1960. No obstante, Argentina, Brasil, Chile y Uruguay ya habían convenido crear una zona de libre comercio. En julio realizaron otra reunión (en la que participaron Bolivia y Paraguay) y convocaron a una reunión formal en octubre para elaborar el texto final del acuerdo. Se alegó que la urgencia se debía a la recepción que sufría el comercio intrarregional.³⁴ Raúl Prebisch trató de explicar a empresarios mexicanos el por qué de esa premura y no dejó de señalar que era un error creer que mediante asociaciones subregionales se iba a fincar la creación de un mercado para toda el área.³⁵

³³ *Ibid.*

³⁴ W. Koning, "México frente a la ALALC y los otros mecanismos latinoamericanos de integración económica", *Foro Internacional*, 14 (1974), pp. 548-549 y 551-556 y *Comercio Exterior*, mayo de 1959.

³⁵ *Comercio Exterior*, septiembre de 1959, pp. 512-513.

En Buenos Aires, López Mateos declaró la entrada de México a la zona de libre comercio, como preámbulo al mercado común.



México participó como observador en esa reunión de octubre en Montevideo. Ahí se elaboró un texto que el Gobierno mexicano vio con simpatía, pero la participación en el tratado no se decidió hasta el momento de la gira de López Mateos, después de un intenso debate interno. Mientras el gobierno expresaba interés y confianza en esa participación, los empresarios manifestaban desgano y muchos recelos, a pesar de las exhortaciones del gobierno.³⁶ Aun la Concanaco daba un apoyo condicionado al proyecto, no sin advertir que tanto el acuerdo de los países sudamericanos como el Mercado Común Centroamericano, ya en marcha, no respondía por completo a las aspiraciones mexicanas.³⁷

Una de las objeciones mexicanas era que faltaban en el proyecto mecanismos flexibles para que desde un principio entraran todos los países latinoamericanos, sin importar su nivel de desarrollo. El apresuramiento impuesto por las naciones sudamericanas impedía, según los funcionarios de nuestro país, que se realizaran las consultas internas necesarias. Pero a esas alturas, la capacidad de negociación mexicana era débil estando ya programada la reunión en la que se firmaría el tratado para febrero de 1960. Durante su visita a Buenos Aires, López Mateos anunció

³⁶ *Ibid.*, octubre de 1959, p. 594.

³⁷ *Ibid.*, noviembre de 1959, pp. 625-634.

oficialmente la entrada de México de la zona de libre comercio, en la que participarían Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Paraguay, Perú y Uruguay. Aclaró que la consideraba un preámbulo natural para establecer un mercado común.

La política de Kennedy hacia América Latina

Mientras López Mateos viajaba por Sudamérica, John F. Kennedy llegaba a la presidencia de Estados Unidos. Se esperaba un cambio profundo en la política de este país hacia la región.

De hecho, ya el Gobierno de Eisenhower, a partir del desastroso viaje de Nixon en 1958, en el que pudo constatar el hondo resentimiento contra su país, había dado los primeros pasos para modificar su política. En lo político procuró distanciarse en lo posible de los dictadores del área. En lo económico decidió apoyar la creación del Banco Interamericano de Desarrollo, institución propuesta muchos años antes por los latinoamericanos y México había apoyado firmemente. Este compromiso hecho en agosto de 1958 se concretó en abril del año siguiente en la firma del convenio en el que se fijó un capital inicial del Banco en un billón de dólares, de los cuales el 45% sería aportado por Estados Unidos, cifra que quedaba muy lejos de los cinco billones solicitados por el presidente brasileño Juscelino Kubitschek para poner en marcha la Operación Panamericana que él proponía.³⁸ También se iniciaron gestiones que recogían la preocupación de los latinoamericanos por la depreciación de sus exportaciones de materias primas, para crear grupos que estudiaran la posibilidad de llegar a acuerdos de limitación de exportaciones de productos como el café, plomo, zinc, etc., a fin de evitar la caída de sus precios. Por otra parte, Estados Unidos eliminó la oposición mantenida hasta entonces hacia la ALALC e intensificó la cooperación científica y cultural. Como un acto que simbolizaba más atención para la zona, se estableció el puesto de Subsecretario de Estado para Asuntos Latinoamericanos, y al año siguiente Eisenhower visitó Sudamérica.

De pronto, en los corredores de Washington comenzó a hablarse de la "ceguera de las élites políticas latinoamericanas" que no parecían darse cuenta del estado de efervescencia social en sus países. Igualmen-

³⁸ Este mandatario había sugerido a Eisenhower un programa para revitalizar el sistema interamericano mediante nuevas formas de cooperación económica y política. Esta propuesta fue recibida con escaso interés en Estados Unidos y con cierto recelo en algunos países latinoamericanos.

te se empezó a discutir la conveniencia de que los ejércitos sudamericanos fueran más pequeños y que apoyaran más a la comunidad en lo que se refiere a construcción de puentes, caminos, etc. Pero estos cambios no constituyían una verdadera nueva política; hasta principios de 1960 se seguía viendo a América Latina como una zona a salvo del asedio soviético, actitud que,³⁹ como hemos visto, cambió a partir de ese año.

En su discurso de toma de posesión, Kennedy ofreció a América Latina "convertir buenas palabras en buenas acciones, en nueva alianza para el progreso, para ayudar a los hombres y gobiernos libres a liberarse de las cadenas de la pobreza", pero precisó que esa "revolución de la esperanza" no debía ser presa de potencias hostiles. De hecho, la política de Kennedy hacia los países latinoamericanos tendría dos líneas de acción: una —calificada por sus propios colaboradores de "afirmativa"— la Alianza para el Progreso (Alpro); otra, la "absoluta determinación de evitar que cualquier otro estado siguiera el camino de Castro y diera a la URSS una segunda cabeza de puente en el hemisferio".⁴⁰ Los colaboradores de Kennedy estaban plenamente convencidos de que el comunismo latinoamericano no tenía raíces propias, que fuera expresión del deseo de reforma social. Influía en esta visión, una declaración de Khruschev, quien en 1960 había llamado a América Latina "un volcán activo". De ahí que se pensara en la Alpro como una estrategia para atacar, a la larga, las fuentes de la atracción del comunismo y, a la corta, prevenir los intentos de disruptión y subversión (consideraban especialmente sensibles a Brasil y Venezuela).

La Alpro se estableció formalmente en agosto de 1961 en la Conferencia del Consejo Interamericano Económico y Social. En lo económico debía combinar la ayuda financiera general con el apoyo para proyectos económicos redistributivos. Se pensaba al mismo tiempo en ayuda militar para garantizar la estabilidad interna de los países destinatarios de la ayuda económica. Algunos latinoamericanos deseaban que en ese programa se incluyera a Cuba, pero otros insistían en dejarla fuera, porque "no llenaba los requisitos de democracia representativa y libertad política". De hecho, como dice Schelesinger, en aquella reunión estuvo Ernesto Guevara, "defendiendo suavemente... el caso para una revolución alternativa". Esta visión de un colaborador tan cercano de Kennedy era una muestra más de que el nuevo gobierno norteamericano sentía ya a Cuba más allá de cualquier posibilidad de acercamiento,⁴¹ sobre todo

³⁹ Stephen Rabe, *op. cit.*, pp. 112-113.

⁴⁰ Arthur M. Schlesinger Jr., John F. Kennedy. A Thousand Days. Boston, Houghton Mifflin Co., p. 773.

⁴¹ *Ibid.*, p. 761.

después de la invasión a Bahía de Cochinos (hoy Playa Girón), que se había llevado a cabo cuatro meses antes, y la subsecuente declaración de Fidel Castro de que la revolución cubana era socialista.

No es difícil imaginar que a cambio de la cooperación económica, Estados Unidos exigirían a los gobiernos latinoamericanos apoyo en la lucha contra la expansión del comunismo y de la influencia soviética en el hemisferio, lo que a la corta implicaba condenar la revolución cubana. Igualmente exigirían una serie de reformas sociales internas, objetivo que, por bien intencionado que fuera, no dejaba de ser intervención o intromisión norteamericana en los asuntos internos de estas naciones. Por ello, aunque el Gobierno mexicano presentó el plan de acción inmediata que se requería para ser incluido en el programa, desde un principio lo vio con recelo. Si bien en algún momento recibió apoyo económico dentro de ese marco, mantuvo, en cambio una política de no acudir a la ayuda militar.

La invasión a Cuba

Al saber de la frustrada invasión a Cuba (abril de 1961), el Gobierno mexicano se apresuró a hacer un llamado a la solución pacífica de controversias, ofreció, una vez más sus buenos oficios, reiteró la necesidad de respetar el derecho de autodeterminación de los pueblos y se comprometió a evitar que de su territorio saliera cualquier tipo de ayuda para los contrarrevolucionarios. En lo interno, evitó la salida de aquellos mexicanos que deseaban partir hacia la isla a defender o a apoyar al gobierno de Fidel Castro, entre los que destacaba Lázaro Cárdenas. La Comisión Permanente del Congreso se negó a conceder permiso a los mexicanos para participar en el conflicto en ninguno de los dos bandos. Igualmente se trató de evitar las manifestaciones de repudio al gobierno estadunidense que en las ciudades mexicanas, como en otras partes del mundo, proliferaron en esos días.

En las Naciones Unidas, donde Cuba logró que se discutiera la agresión de que era objeto, los delegados mexicanos presentaron un proyecto de resolución en el que, además de pedir a los estados “que evitasen que sus territorios o sus recursos pudieran ser utilizados para fomentar una guerra civil en Cuba”, sugerían buscar mecanismos para solucionar pacíficamente el conflicto. Sin embargo, siete países latinoamericanos presentaron otro proyecto de resolución que tenía como fin trasladar el problema a la OEA, propuesta que, para el canciller Tello, “constituía un sabotaje al proyecto de resolución mexicano”. Luis Padilla Nervo recha-

zó las acusaciones de sus colegas sudamericanos de que nuestro país tratara de alejarse de los "caminos interamericanos", pero insistió en que la Asamblea General de las Naciones Unidas debía enfrentar el problema. Al aprobarse el proyecto de resolución de aquellos países y rechazarse el mexicano, se dio paso a la VIII Reunión de Consulta de Ministros de Relaciones Exteriores.⁴² López Mateos manifestó su preocupación porque "las posturas jurídicas de países... que deseaban mantener su libertad de criterio, se han hecho más delicadas y azarosas, expuestas a ser mal interpretadas o desnaturalizadas en cuanto a su fondo mismo",⁴³ palabras en las que se advierte que el presidente aquilataba la naturaleza y posibilidades de la posición de su gobierno.

Por sugerencias del embajador de Cuba en México, el Gobierno de López Mateos hizo un último esfuerzo de mediación entre Estados Unidos y Cuba. Pero el embajador Mann, dice Manuel Tello, fue muy claro al afirmar que su gobierno "juzgaba preferible que mantuviéramos una política de no colaborar en contra del gobierno de Cuba, a que tratáramos de encabezar un nuevo movimiento de mediación".⁴⁴

La expulsión de Cuba del sistema interamericano

Apenas unos cuantos meses después, a finales de agosto de 1961, el canciller colombiano inició una serie de sondeos entre sus colegas latinoamericanos sobre la posibilidad de llevar a cabo otra reunión de consulta. Al parecer, en su visita a México el canciller fue muy cauteloso. Sugirió que en esa reunión se reiteraran los principios de la OEA y se pidiera a Cuba sumarse a esa acción. Un segundo objetivo sería elaborar una lista de "actos intervencionistas", cuya transgresión tendría sanciones fuertes.

De su plática con el ministro colombiano y de informaciones que le proporcionaban los diplomáticos mexicanos acreditados en América Latina, Tello dedujo que entre las acciones que se deseaba sancionar había muchas que el gobierno cubano estaba tomando o debería tomar para llevar adelante una profunda reforma socioeconómica. El canciller mexicano de inmediato expresó su desinterés en una reunión de ese tipo,

⁴² Convencida de que una de las personas con mayor autoridad para hablar de esta reunión es sin duda Manuel Tello, canciller mexicano en esos años, tomo como principal, aunque no única, su libro, ya citado, véanse en especial las pp. 100-138.

⁴³ *Los presidentes ante la Nación*, p. 766.

⁴⁴ *Ibid.*, p. 105.

porque la consideraba inoportuna y riesgosa; en su opinión, la mejor muestra de fe en los principios era simplemente su estricto cumplimiento, y de paso, recordó las dificultades que había tenido la Sociedad de Naciones para definir exhaustivamente que "constituía un acto de agresión".⁴⁵

Pasaron dos meses antes de que el gobierno colombiano solicitara formalmente al Consejo de la OEA celebrar la reunión. Invocando el artículo 6 del TIAR pedía se discutieran en la reunión las amenazas a la paz y la independencia de los estados miembros que pudieran surgir de la intervención de potencias no continentales, y se determinara el tipo de acciones que podían justificar la aplicación del artículo V de la Carta de la OEA y las medidas convenientes para el mantenimiento de la paz y la seguridad en el continente.

La delegación mexicana se opuso a que se hiciera la reunión por falta de fundamentos jurídicos: no se señalaba el elemento de urgencia indispensable en toda convocatoria para aplicar el TIAR; la convocatoria no se refería a hechos concretos, no había ninguna agresión ni ataque armado que pusiera en peligro la inviolabilidad, integridad territorial, soberanía o independencia política de ningún estado americano, y los términos de la convocatoria sugerían que se deseaba, en última instancia, ampliar el TIAR, tarea para la cual el Órgano de Consulta no tenía competencia.

A pesar del voto mexicano en contra y de la abstención de otros delegados, se aprobó la convocatoria. Para todos era claro que el propósito era establecer sanciones contra Cuba. Por información recibida de las autoridades cubanas, el canciller Tello sabía que los Gobiernos de Brasil, Uruguay, Chile y Ecuador no parecían dispuestos a aprobarlas. Menos clara era la posición de Argentina y Bolivia.

Para México la situación se complicó —tanto en lo interno como en lo externo— por las declaraciones de Fidel Castro de que era convencido marxista-leninista. La polarización interna se hizo más patente que nunca y llegó a las mismas filas del gabinete, mientras arreciaban las presiones estadunidenses.

Al parecer de su conversación con Carlos Olivares, Subsecretario de Relaciones Exteriores de Cuba, quien admitió "una incompatibilidad de hecho" entre marxismo y ser miembro de la OEA, se decidió la posición

⁴⁵ *Ibid.*, pp. 109-110.

que el Gobierno mexicano adoptaría en Punta del Este, sede de la VIII Reunión de Consulta. Se pensó que era una salida para evitar males mayores y que se asociaba con el convencimiento de algunos de sus miembros de que las autoridades cubanas no tenían ningún interés en continuar en la organización.⁴⁶

El canciller mexicano fue el primero que habló en la reunión sobre esa incompatibilidad. Si bien reconoció que muchos gobiernos latinoamericanos no habían sido muy fieles a los principios y normas de la democracia representativa, ninguno había reconocido abiertamente "sustentar una filosofía diferente". Precisó luego que era "inconciliable la calidad de miembro de nuestra Organización con la adopción de un régimen de gobierno cuyas características no son las de las democracias representativas". Ahondó también en las razones jurídicas que habían llevado a su gobierno a votar contra de la reunión. De manera vaga dio a entender que aunque México desde los años cuarenta había querido un TIAR restrictivo, no se oponía, en principio, a una adición al mismo, pero que la Reunión de Consulta de Cancilleres no era el órgano facultado para llevar adelante esa tarea.

Varias delegaciones estaban dispuestas a no aceptar el proyecto de lo que sería la Resolución VI que contenía la incompatibilidad mencionada antes y excluía al gobierno cubano —y no a Cuba— de la organización, precisión ésta que, en opinión de Tello, era una "visión farisaica" que pretendía negar que se estaba excluyendo a esa nación. En reuniones informales con los cancilleres, Tello les informó que tenía instrucciones de votar en contra de ese proyecto sobre la base de que la Carta de la OEA no contemplaba la exclusión de ningún miembro. Esta declaración se incluyó en el acta final, aunque la delegación mexicana accedió a la petición de varios colegas de hacer frente común y abstenerse a la hora de la votación.⁴⁷ También se opuso la delegación mexicana a la Resolución VIII que establecía la suspensión inmediata del comercio y tráfico de armas con Cuba.

La política mexicana hacia Estados Unidos

Desde un principio el Gobierno de López Mateos intentó mantener relación cordial con Estados Unidos y evitar en lo posible que su posición en los organismos internacionales —muchas veces distinta y en otras,

⁴⁶ *Ibid.*, pp. 118-120 y 133-134.

⁴⁷ *Ibid.*, pp. 135-136.

opuesta— a la estadunidense, afectara su relación bilateral. No siempre fue posible. Las relaciones con el gobierno de Kennedy fueron bastante frías en 1961. Dice el entonces embajador de México en Washington, Antonio Carrillo Flores, que el gobierno norteamericano decidió suspender todo apoyo económico a México y aplazar la visita del presidente norteamericano a este país, que tenían prevista para enero de 1962, por lo que llamaban actitud poco colaborativa de su gobierno en relación con el caso cubano.⁴⁸ Finalmente el viaje se hizo a fines del mes de junio.

Las declaraciones del mandatario norteamericano durante su visita reflejaron ya el cambio de objetivos y aun de estilo en las relaciones con América Latina. Kennedy encontró similitudes entre el movimiento de independencia de su país con la revolución mexicana en su afán de lograr la independencia política y la económica y subrayó que para los pueblos del hemisferio que ansiaban la justicia social, el proceso revolucionario mexicano había demostrado "que el camino de la libertad es el camino del progreso". Kennedy no sólo sugirió como modelo para América Latina nuestra revolución; en sus discursos también aludió al principio de autodeterminación defendido tenuemente por los mexicanos, aunque con claros objetivos de política estadunidense: "todas las naciones que mediante la fuerza o la subversión traten de imponer su voluntad sobre cualquier país de América encontrará a las naciones libres de este hemisferio unidas y resueltas a conservar la independencia de todas".⁴⁹

En las conversaciones con Kennedy, López Mateos puso énfasis en las razones históricas de la política exterior de México y le aseguró que si un conflicto pusiera en peligro a Estados Unidos, nuestro país "le cuidaría la espalda", compromiso que hizo valer en octubre de ese mismo año, al desencadenarse la crisis de los cohetes emplazados en territorio cubano.⁵⁰

La cálida acogida contribuyó a limar asperezas. Despejó dudas —dijo el New York Times— y brindó ocasión a López Mateos para "identificarse públicamente por primera vez, con el programa de la Alianza para el Progreso".⁵¹ En adelante se recurriría al diálogo constante para resolver los problemas que surgían con frecuencia de una relación bilateral que

⁴⁸ Antonio Carrillo Flores, "Reflexiones y testimonios acerca de la política exterior y la diplomacia mexicana", en *Política Exterior de México, 175 años de historia*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1985, t. 4, pp.12-13.

⁴⁹ *Tiempo*, 9 de julio de 1962, pp. 6 y 20.

⁵⁰ Antonio Carrillo Flores, *op. cit.*, pp. 12-13.

⁵¹ *Tiempo*, 9 de julio de 1962, pp. 43-44.



La cálida recepción que brindó México al Presidente Kennedy, hizo del diálogo el mejor recurso en sus relaciones posteriores.



Firma del Tratado de El Chamizal por los embajadores de México y de Estados Unidos.

se hacía más estrecha; diálogos sobre todo entre los ejecutivos de los dos países, y en los cuales participaron periódicamente ambos congresos, en las reuniones parlamentarias.

La visita de Kennedy también tuvo los resultados que aparentemente se esperaban y que era suavizar el recelo de los empresarios mexicanos hacia la política exterior del país —incluyendo las visitas de Mikoyan y Dorticós—. Otros resultados inmediatos de la visita fueron un préstamo con recursos de la Alpro para el desarrollo de la pequeña agricultura más la decisión de poner fin al largo y espinoso problema de la salinidad del río Colorado y a la disputa sobre el territorio de El Chamizal.

Al parecer, en la reunión de presidentes Kennedy había aceptado devolver a México el territorio que una desviación del curso del río Bravo había dejado dentro de la frontera estadunidense. En julio de 1963 se dio una solución definitiva al problema, aunque la entrega física se hizo en el siguiente sexenio.

En cuanto a las aguas del río Colorado, desde 1961 se habían presentado protestas porque llegaban a Baja California con un gran contenido

de sal a causa del bombeo de aguas subterráneas en la región de desarrollo agrícola Wellton-Mohawk, en territorio norteamericano, que provocó graves problemas de regadío en el valle de Mexicali.

En noviembre de 1961 la Secretaría de Relaciones Exteriores presentó una nota de protesta al Departamento de Estado, a la vez que se discutía el problema en la Comisión de Límites y Aguas. No se pudo llegar a ningún acuerdo porque el tratado firmado en 1942 no establecía el mínimo de calidad del agua que México debía recibir. Con todo, se sabía que de recurrirse a una instancia internacional, el Gobierno mexicano tendría posibilidades de ganar el caso. En las pláticas de Kennedy y López Mateos se consiguió una solución temporal, mientras se negociaba la definitiva. Estados Unidos bombaría agua río arriba para reducir la salinidad de la que llegaba a México. Se convino que esta medida duraría hasta octubre de 1963.⁵²

Un tercer asunto bilateral —los trabajadores migratorios— tomó rumbo distinto. En agosto de 1959 se había extendido por dos años el acuerdo de braceros, pero aumentó la oposición interna en Estados Unidos. Sindicatos, iglesias y grupos liberales argüían que los trabajadores mexicanos, especialmente, los indocumentados, presionaban a la baja los salarios de los estadunidenses, sobre todo porque, alegaban, se les usaba como rompe-huelgas. El gobierno de Kennedy, siendo demócrata, debía tomar en cuenta estos grupos, especialmente los sindicatos.

En 1961 se pudo renovar el acuerdo de braceros, pero el Ejecutivo Federal insistió en esa ocasión en que se reformara para establecer un salario mínimo y restricciones a los trabajadores mexicanos que manejaban maquinaria automotor. En el Senado consiguió echar atrás el dictamen de la Comisión de Agricultura de la Cámara de Representantes, que había logrado extender el acuerdo sin enmiendas por dos años. El convenio al que por fin se llegó hacía difícil que los braceros pudieran utilizarse como esquiroles, limitaba su estancia a nueve meses y establecía que los salarios no podían ser inferiores a los fijados por el Departamento del Trabajo.⁵³ Además para subrayar su posición, al firmar la extensión de la ley en que se basaba el acuerdo, Kennedy manifestó reservas, e insistió en que el programa de braceros perjudicaba las condiciones de trabajo de los norteamericanos. Precisó que era inconveniente un corte abrupto del convenio porque en algunas regiones se

⁵² Alan Lee Moberly, *Fences and Neighbors: El Chamizal and the Colorado River, Salinity Disputes in U.S.-Mexican Relations*, Washington, American University, 1974, p. 25.

⁵³ Richard Craig, *op. cit.*, pp. 164 y 177.

necesitaba mano de obra y porque afectaría negativamente a miles de mexicanos. Todo indicaba que esa sería la última vez que se lograría prolongar el convenio.⁵⁴ En efecto, en 1963, la correlación de fuerzas en el congreso estadunidense hizo evidente que se daría fin al programa.

En ese momento el Gobierno de López Mateos decidió intervenir. En una nota que el embajador Carrillo Flores envió al Secretario de Estado, el 21 de junio, el Gobierno mexicano expresó su oposición a que finalizara el acuerdo, que consideraba beneficioso para ambas partes. Manifestó, además, su creencia de que la falta de un programa no daría fin al flujo de trabajadores, pero solicitó que en caso de que se decidiera acabar con él, el regreso de los trabajadores fuera gradual, para facilitar su absorción. La petición mexicana pareció influir en la decisión de Washington de mantener el programa por otro año. También influyó, al parecer, el acuerdo unánime en la Tercera Reunión Interparlamentaria Méjico-Estados Unidos, sobre la necesidad para ambos países de mantener aquél.⁵⁵

Otro problema de la relación bilateral seguía siendo el del plomo y el zinc. Este había sido derivado al Grupo Internacional de Estudio sobre el Plomo y el Zinc, en el que el Gobierno mexicano participó activamente, apoyando el establecimiento de límites a la producción de estos metales para sostener su precio, y en la preparación de un convenio internacional para fijar las cuotas de producción de cada país.

A principios de 1962 aumentó la preocupación del Gobierno mexicano ante el anuncio de que Washington suspendería las compras de metales estratégicos, porque había reservas innecesariamente altas de algunos metales, entre ellos el plomo y el zinc. El gobierno dejaba entrever la posibilidad de poner a la venta los excedentes.⁵⁶ Las autoridades mexicanas prefirieron que los representantes de los mineros defendieran el caso ante las autoridades estadunidenses, y así lo hicieron el presidente de la Cámara minera y el líder de los trabajadores del ramo, quienes insistieron en los efectos negativos de una medida de ese tipo⁵⁷

⁵⁴ Angela Rogerio Cadena, *Méjico y Estados Unidos ante los trabajadores agrícolas migratorios. 1942-1986*, tesis de maestría, UNAM-FCPS, 1967, p. 30.

⁵⁵ Manuel García y Griego, "El comienzo y el final: la utilidad de la interdependencia estructural para explicar dos negociaciones sobre convenios de braceros", en Blanca Torres, ed., *La interdependencia. ¿Un enfoque útil para el análisis de las relaciones Méjico-Estados Unidos?*, México, El Colegio de México, 1989, y Richard Craig, *op.cit.*, p. 190.

⁵⁶ *Comercio Exterior*, 14 (1964), pp. 242-244.

⁵⁷ *Comercio Exterior*, 12 (1962), p. 87.

La decisión del Gobierno de México y de otros países productores de reducir su producción para disminuir los excedentes en el mercado y estabilizar los precios no tuvo efectos profundos porque Australia continuó con su producción a toda capacidad.⁵⁸ Mientras tanto, el Congreso estadounidense estableció un subsidio para los pequeños productores con un fondo que debía establecerse modificando las tarifas arancelarias, aunque en noviembre de 1962, el gobierno anunció que no lanzaría sus excedentes al mercado en tanto estuvieran deprimidos los precios internacionales de esos metales.⁵⁹

Gira de López Mateos a países asiáticos

La búsqueda de una defensa conjunta de los precios de las materias primas producidas por los países en desarrollo y abrir nuevos mercados, especialmente para las manufactureras mexicanas, y la diversificación de las fuentes de la inversión extranjera fueron objetivos importantes del viaje presidencial a Asia en el otoño de 1962. Prueba de esta intención fue que acompañaron al presidente miembros destacados del sector privado, entre ellos algunos presidentes de las cámaras industriales, funcionarios del Banco Nacional de Comercio Exterior y el Secretario de Industria y Comercio.⁶⁰ Sin embargo, el motivo principal, según dijo López Mateos al iniciar su viaje a la India, Filipinas, Indonesia y Japón, era llevar adelante una misión de paz. Había que controlar el armamentismo y los ensayos de armas nucleares. Las políticas de desarme de los cuatro países visitados se consideraban casi idénticas a la de México.⁶¹

Propios y extraños no dejaban de observar que dos de las naciones visitadas eran activos participantes del grupo de los países no alineados. Ahí, las declaraciones pacifistas de López Mateos se combinaron con el razonamiento de que la superación económica y social de los pueblos en desarrollo era una de las condiciones esenciales de la paz internacional. Para lograrlo, no bastaba la asistencia económica de las naciones desarrolladas; era necesario mejorar los precios de los productos de los países en desarrollo y abrir a éstos la posibilidad de venderlos en los mercados de aquéllas. En el comunicado conjunto de López Mateos y Sukarno se condenó el colonialismo, el imperialismo y la discriminación

⁵⁸ *Comercio Exterior*, 12 (1962), p. 246.

⁵⁹ *Comercio Exterior*, 12 (1962), p. 777.

⁶⁰ Se deseaba, por ejemplo, vender textiles a Indonesia y atraer inversión japonesa, especialmente a la industria automovilística (*Tiempo*, 1o. de octubre de 1962, p. 4).

⁶¹ Conferencia de Manuel Tello antes de la gira (*Tiempo*, 8 de octubre de 1962, p. 5).

racial y la “especial importancia de delinear una política internacional independiente... en una actitud de no abstención”.⁶² Ante el Congreso de India, el Presidente mexicano afirmó que la amistad entre esos dos países no sólo serviría a sus dos pueblos, sino a todos los de Asia, África y América Latina. Pero esta actitud tercerista fue, de inmediato, matizada con la declaración de que su país era fiel a los organismos internacionales a los que pertenecía (Naciones Unidas y OEA) y no aspiraba a formar un “tercer bloque”, ni siquiera al “neutralismo”.⁶³

De hecho, México no había participado en la primera reunión del movimiento de los no alineados, celebrada en El Cairo en 1961, ni asistió tampoco a la Cumbre de Belgrado de ese mismo año, aunque sí envió observadores a la segunda reunión de aquél. Con todo, en los siguientes años, ante el auge de los procesos de liberación nacional en Asia y África, el gobierno se esforzó por mantener una mínima presencia en esos continentes. A la visita presidencial a Asia, siguió una misión de buena voluntad a once países de África, se establecieron relaciones diplomáticas con seis países de ese continente y con cuatro asiáticos, se enviaron delegados a los actos de declaración de independencia de algunos de ellos, por ejemplo Mauritania (1961), y se recibió la visita de algunos de sus altos funcionarios.

La posición de México frente a la crisis de los cohetes

Precisamente durante los primeros días de la gira de López Mateos a Asia, el mundo enfrentó una de las crisis más graves de la posguerra, cuando fotografías aéreas probaron la instalación de cohetes nucleares soviéticos de alcance intermedio en territorio cubano. Apenas unas semanas antes, en el mes de septiembre de 1962, había tenido lugar una reunión informal de cancilleres de los países de la OEA, en la que se discutió la ayuda militar soviética que Cuba estaba recibiendo. No se adoptaron resoluciones, sino simplemente se reiteró la solidaridad de los miembros de la organización ante situaciones de peligro para el continente.

Las pruebas expuestas por el gobierno norteamericano a principios de octubre, llevaron al consejo de la OEA, constituido provisionalmente

⁶² Presencia Internacional de Adolfo López Mateos, pp. 351-369. En este encontramos un buen recuento de las actividades y discursos durante el viaje presidencial. Puede también consultarse Juan Miguel de la Mora, *Misión de México en Oriente*.

⁶³ Presencia Internacional de Adolfo López Mateos, pp. 307 y 309.

en órgano de consulta, a adoptar por unanimidad la resolución de instar al desmantelamiento inmediato de las bases de lanzamiento y recomendar que los miembros tomaran medidas individuales y colectivas, inclusive la fuerza armada, para evitar que Cuba siguiera recibiendo esa clase de armas.⁶⁴

Poco antes de que se confirmara la instalación de esos cohetes, varios periodistas habían pedido a López Mateos, durante una escala que hizo en Los Angeles, su opinión sobre los rumores de que se estaban instalando en la isla rampas para lanzar proyectiles nucleares. El presidente, a quien al parecer el embajador cubano había asegurado poco antes que su país no tenía armas atómicas, respondió que las armas de que Cuba disponía no tenían un carácter ofensivo. Al llegar a Hawái fue informado de la magnitud del problema. Luego de recibir un llamado del embajador mexicano en Estados Unidos, Carrillo Flores, cambió la instrucción de abstenerse que tenía el representante en la OEA, para apoyar la propuesta de resolución de Estados Unidos, que contemplaba medidas para asegurar el retiro de los cohetes, "incluyendo el uso de la fuerza armada". Carrillo Flores había tenido una entrevista con el secretario de Estado Dean Rusk, en la que éste, más que insistir en el Tratado de Río y en los compromisos a que estaba sujeto México en un caso de esta naturaleza, le recordó la seguridad que López Mateos había dado a Kennedy de que México le cuidaría la espalda cuando sus intereses vitales estuvieran en riesgo. Este compromiso, que ha estado en la base de la relación bilateral desde la Segunda Guerra Mundial, se expresó en el voto mexicano a favor de la propuesta estadunidense, aunque se aclaró que el uso de las fuerzas armadas mexicanas se encontraba sujeto a la aprobación del Congreso.⁶⁵ Tal vez más significativo fue que tanto el delegado de nuestro país, como los de Brasil y Bolivia, introdujo una reserva "en el sentido de que esto no debería tomarse como justificación para un ataque armado a Cuba", es decir evitar que la crisis fuera utilizada para derrocar al gobierno de la isla.⁶⁶

En el curso de su travesía de regreso, López Mateos envió un mensaje a Kennedy —en el que expresaba su anhelo de que se preservara la paz—, y otro a Dorticós, en el que manifestaba su esperanza de que los proyectiles no se utilizaran y que todas las armas ofensivas fueran retiradas de territorio cubano.⁶⁷

⁶⁴ *Los presidentes ante la Nación*, p. 1247.

⁶⁵ Antonio Carrillo Flores, "Reflexiones...", pp. 12-13.

⁶⁶ Mario Ojeda, *op. cit.*, p. 47.

⁶⁷ *Los presidentes ante la Nación*, p. 1247.

México y el desarme

Desde el final de la Segunda Guerra Mundial, México había apoyado distintas iniciativas para reducir la carrera armamentista de potencias, política consecuente con su posición tradicional de apoyo a la solución pacífica de las controversias entre las naciones. El Gobierno de López Mateos mantuvo esta política, pero después del conflicto de los cohetes centró gran parte de sus esfuerzos en la desnuclearización de América Latina. El desarme nuclear entre las naciones latinoamericanas se consideraba posible puesto que todavía ninguna de ellas poseía ese tipo de armamento. Se pensaba, además, que esto permitiría en el futuro liberar recursos muy necesarios, incluso para utilizarlos en energía atómica con fines pacíficos.⁶⁸

Al parecer, en los años cincuenta los gobiernos de Estados Unidos y Costa Rica habían hecho algunas propuestas en este sentido, sin que fructificaran. El Gobierno mexicano inició este nuevo esfuerzo que tuvo una respuesta favorable de algunos gobiernos. Así, en abril de 1963, México, junto con Bolivia, Brasil, Chile y Ecuador, emitieron una declaración conjunta en la que manifestaban estar dispuestos a firmar un acuerdo latinoamericano en que los países se comprometieran a no fabricar, recibir, almacenar ni ensayar armas nucleares. En noviembre del mismo año, la Asamblea General de la ONU, también por iniciativa de México y otras naciones latinoamericanas, tomó nota de la declaración conjunta en una resolución titulada "Desnuclearización de la América Latina" y promovió los primeros pasos con ese objeto. Con este impulso inicial, la cancillería mexicana inició consultas con las demás de la región. En noviembre de 1964 en la Reunión Preliminar para la Desnuclearización de América Latina se precisó que el término desnuclearización debía entenderse como "la ausencia de armas nucleares" y no la prohibición del uso pacífico del átomo, con lo que se buscaba eliminar la resistencia de los países grandes de la zona. Otra resolución aprobó crear la Comisión Preparatoria del Tratado sobre el tema.⁶⁹

México también participó en el Comité de Desarme de 18 naciones en la ONU, sosteniendo la tesis de que los esfuerzos de desarme regionales debían ser correspondidos con signos positivos (por ejemplo, la prohibición de pruebas subterráneas), de las grandes potencias.⁷⁰ Los viajes

⁶⁸ Antonio Carrillo Flores, "La política exterior de México", *Foro Internacional*, 4 (1965-66), pp. 239-240.

⁶⁹ Alfonso García Robles, "México y el desarme", en *Política Exterior de México, 175 años de Historia*, México, SRE, t. 4, 1985, pp. 38-39.

⁷⁰ Antonio Carrillo Flores, "La política exterior de México", pp. 238-239.



Durante la "Jornada a Europa por la causa de la paz", López Mateos visitó al príncipe Bernardo en Holanda.

del Presidente López Mateos tendrían en adelante entre sus principales objetivos buscar el apoyo para esta posición pacifista.

Viaje a Europa: nuevo esfuerzo de diversificación

En su último viaje, (1963) López Mateos visitó tres países capitalistas europeos (la República Federal Alemana, Holanda y Francia) junto con dos socialistas (Polonia y Yugoslavia). Una de las constantes de este viaje fue su interés por aumentar las relaciones económicas entre los países latinoamericanos y los miembros del Mercado Común Europeo, particularmente estrechando los lazos entre éste y la ALALC.

En lo político, junto a la búsqueda de apoyo a la desnuclearización de América Latina y, en general, su insistente llamado a la paz y al control de la carrera armamentista, López Mateos manifestó su apoyo a la reunificación alemana. Tal vez más significativo fue el hecho de que durante la visita a Francia se procurara encontrar coincidencias en las políticas exteriores de los dos países en momentos en que aumentaba la tensión de las relaciones estadunidenses-francesas por la posición de Charles de



El Presidente de Francia, Charles de Gaulle elogió la obra de la Revolución Mexicana.

Gaulle en relación a la OTAN.⁷¹ De Gaulle elogió la obra de la Revolución mexicana, incluyendo el reparto de tierras y la recuperación de los recursos petrolíferos y subrayó el "deber" de Europa de "volver a desempeñar en América Latina" el papel que le correspondía.⁷²

Al recibir al Presidente mexicano en Yugoslavia, Josip Broz Tito, uno de los principales líderes del movimiento de los no alineados, destacó el hecho de que López Mateos fuera el primer presidente latinoamericano que visitaba su país y subrayó las coincidencias de propósitos de los dos gobiernos en su gestión internacional tanto bilateral como multilateral. Aquí y en Polonia, López Mateos dijo que a pesar de la diferencia de sistemas políticos entre estas naciones y México había unidad en su lucha pacifista.

Este viaje, que López Mateos calificó a su regreso de "jornada por la causa de la paz", tuvo también algunos resultados concretos en lo económico, entre los cuales destacan los acuerdos para incrementar el co-

⁷¹ Desde 1958, el general De Gaulle había adoptado una posición bastante autónoma con respecto a Estados Unidos en materia de defensa. Se mostraba también muy activo en su política buscando extender su influencia en las naciones del Tercer Mundo y adoptando posiciones en relación con éstas, distintas y a veces opuestas a las estadunidenses.

⁷² *Presencia Internacional de Adolfo López Mateos...*, pp. 249, 289, 476.



Por primera vez un mandatario latinoamericano visitó Yugoslavia.

mercio, un crédito francés de 150 millones de dólares y creación de una comisión mixta encargada de buscar proyectos de desarrollo en los que Francia participaría.

En marzo de 1964, el presidente francés correspondió a la visita de López Mateos, primer punto en su gira por América Latina, y Canadá; el recibimiento multitudinario que se le dio no dejó de halagarlo. En sus primeros discursos, anfitrión y huésped declararon que no había que ver esta visita como un desafío a Estados Unidos. Estas afirmaciones procuraban contrarrestar las opiniones expresadas en la prensa de este país de que con su visita a América Latina, De Gaulle pretendía dar un apoyo a las naciones de esta área en su lucha contra la hegemonía estadounidense.⁷³

México y las labores de la UNCTAD

Desde 1962 México participó activamente en las reuniones preparatorias de la Primera Conferencia de la UNCTAD que se celebró dos años

⁷³ Soledad Loaeza, *La política exterior del general De Gaulle*, tesis de licenciatura, México, El Colegio de México, p. 181.

después en Ginebra. En ella nuestro país formó parte de la Comisión de Redacción del acta final y quedó como miembro de la Junta de Comercio y Desarrollo, junto con otros ocho países latinoamericanos y dentro del grupo de los 55. En el pleno de la UNCTAD, Raúl Salinas Lozano, quien presidía la amplia delegación mexicana, elogió la labor llevada a cabo por la ALALC y, aunque de manera velada, habló de los escasos resultados de la Alpro. Por su parte, el Senador Moreno Sánchez defendió la propuesta de varios países en desarrollo para que se creara un nuevo organismo mundial, con poderes reales de decisión para dictar nuevas reglas para el comercio internacional. Esta organización, añadió, debía reflejar una representación justa de las naciones y no, como proponían algunos países, cincuenta por ciento correspondiera a naciones desarrolladas y la otra mitad a países en desarrollo. Su crítica a la Alpro, en el seno de la cuarta comisión fue abierta; donde señaló que sus fondos no habían salido de los bolsillos de los contribuyentes norteamericanos como se alegaba, sino de los términos de intercambio desfavorables para los países latinoamericanos por la caída de los precios de sus exportaciones.⁷⁴

La actitud mexicana hacia Centroamérica

El incipiente activismo mexicano en política exterior dejó fuera en buena medida a Centroamérica. La actitud que tuvieron hacia la revolución cubana varios de los gobiernos de la zona, opuesta a la de México, fue posiblemente uno de los factores que desalentaron el interés en una relación más estrecha. Otro, posiblemente también de gran importancia, fue que la gran mayoría de ellos tenían gobiernos militares.

Ante los frecuentes cambios de gobierno abruptos en la región, el Gobierno de López Mateos procuró aplicar la Doctrina Estrada. Sólo en el caso del derrocamiento de Osvaldo López Arellano en 1963 —como lo había hecho en el caso del presidente dominicano Juan Bosch— expresó su desacuerdo mediante el retiro de su representación diplomática.⁷⁵

En 1961, después de la reanudación de los lazos diplomáticos con Guatemala, rotos temporalmente, como ya hemos visto, se entrevistaron los presidentes de los dos países. Aunque este hecho se vio como una muestra de mejoría de las relaciones, la tensión no se disolvió totalmente. Siguieron existiendo fricciones particularmente alrededor de los te-

⁷⁴ René Arteaga, *Méjico y la UNCTAD*, México, FCE, 1973, pp. 24-27 y 50-59.

⁷⁵ Los presidentes ante la Nación, pp. 1286-1287.

mas de los derechos de pesca y la vigilancia de la frontera. Continuó latente el problema de los derechos de ambas naciones sobre Belice. El primer ministro independentista beliceño, George Price, visitó México en 1963 y 1964. El apoyo mexicano a la independencia de Belice se mantuvo a la par de la tesis de que en caso de que cambiara el estatus del mismo, México se reservaba la posibilidad de hacer valer sus derechos.⁷⁶

Nuestro país mantuvo su política tradicional de asilo, a la cual se acogieron numerosos centroamericanos. Esto contribuyó a ciertas fricciones con algunos gobiernos, que le exigían evitar cualquier actividad política de los exiliados contra ellos. Hubo quejas continuas de que en territorio mexicano se adiestraban "guerrilleros castristas" que tenían como propósito llevar a cabo acciones subversivas en sus países. México negó que esto fuera cierto.

En el aspecto económico, el Gobierno de López Mateos mostró simpatía e interés en el Mercado Común Centroamericano, que en 1960 habían establecido Guatemala, Nicaragua, El Salvador, Honduras y Costa Rica, y comenzó a funcionar en 1963. Un año antes, se reunieron representantes del Mercado Común y del Gobierno mexicano y decidieron recomendar que se investigara, a través de la CEPAL, las posibilidades de estrechar las relaciones comerciales y eventualmente relacionar el MCCA con la ALALC.

La posición de México en la IX reunión de consulta

En el último semestre del sexenio, el Gobierno mexicano tuvo que enfrentar otra difícil reunión de consulta de cancilleres de la OEA, convocado a petición de Venezuela, que reclamaba por la existencia de actividades subversivas cubanas contra su país. La mayoría de los representantes ante el consejo de la Organización se reunieron informalmente para preparar la convocatoria, a lo que se negó el embajador mexicano Vicente Sánchez Gavito por considerar que en ella sólo se encontraba una de las partes en litigio.⁷⁷

Las propuestas de resolución contemplaban el embargo comercial, el fin del tráfico aéreo y la ruptura de las relaciones diplomáticas con Cuba

⁷⁶ Donald Franklin Mayer, *Mexican Policy Toward Central America and Panama, 1958 to 1971*, tesis de doctorado, The American University, 1974, pp. 67-72.

⁷⁷ *Política*, 10. de julio de 1964, p. 14.

de parte de aquellos países que aún las mantenían (Chile, Bolivia, Uruguay y México). El canciller José Gorostiza, quien había sustituido a Manuel Tello, manifestó el 15 de julio que México se opondría a esas sanciones, en particular si exigían acción sólo por parte de este país.⁷⁸ El canciller también objetó la propuesta de recomendar a otros países, no miembros de la OEA, que pusieran fin a su intercambio comercial con Cuba, ya que por un lado, si no se atendía a semejante medida redundaría en contra del prestigio de la OEA y sentaría un precedente que México no podía aceptar, y por, el otro, porque no estaba dispuesto a que organismos internacionales en los que no participaba le dictaran normas a seguir. La serie de argumentos que México utilizó para rechazar los proyectos de resolución fueron básicamente de naturaleza jurídica. Una vez que estos fueron aprobados, el Gobierno mexicano declaró que no estaba dispuesto a acatar esas resoluciones.

Al anunciar que México no rompería relaciones con Cuba, el 3 de agosto de 1964, el Gobierno mexicano destacó la utilidad de que existieran misiones diplomáticas en la isla. Para suavizar los posibles efectos de este desacato, convencido de que le asistía la razón jurídica, el gobierno expresó su disposición de que el asunto se sometiera a la Corte Internacional de Justicia, por medio de la ONU, cuyo fallo México se comprometía a acatar. El asunto no se convirtió en un litigio, por lo que nunca llegó a La Haya.

Es muy posible que la pasividad de Estados Unidos ante este desafío se deba, como sugiere el embajador Carrillo Flores, a la comprensión que demostraba el presidente Johnson hacia la política exterior mexicana y su papel en la esfera política interna. Dice el embajador, que en una de las reuniones en que intentó precisar al mandatario estadounidense las razones de su gobierno para mantener tal política, Johnson le respondió que entendía que la manifestación clara de nacionalismo era un ingrediente importante en la legitimidad y estabilidad del Gobierno mexicano. Y en vista de que Estados Unidos tenían un gran interés en la estabilidad política de su vecino, estaba dispuesto a aceptarla.⁷⁹

Con esta negativa a acatar la resolución de la OEA que, como dice uno de los principales estudiosos del tema, es de una importancia que no ha sido suficientemente valorada,⁸⁰ terminó prácticamente el sexenio

⁷⁸ Por ejemplo, México era el único país que mantenía tráfico aéreo con Cuba.

⁷⁹ Cit. por Antonio Carrillo Flores, "Divergencias y convergencias en materia de política exterior con Estados Unidos", en *Grandes Temas de la Política Exterior*, México, FCE., 1983, p. 268. El excanciller precisó los comentarios que le hizo Johnson en entrevista que me concedió el 31 de mayo de 1982 (pp. 267-274).

⁸⁰ Mario Ojeda, *op.cit.*, pp. 48-49.

del Presidente López Mateos. Este último gesto era la culminación del esfuerzo de su gobierno por mantener cierta autonomía en su evaluación de los acontecimientos internacionales y en la consecuente elaboración de su política exterior. Cierto es que este afán de mantener un margen de independencia tuvo costos externos e internos, pero se les consideró preferibles a los que la posición contraria habría tenido a corto y largo plazo, tanto dentro como fuera del país. Poco a poco el gobierno estadunidense vio esta posición como algo difícil de modificar y aceptablemente predecible.

En lo que se refiere a la diversificación económica, los resultados fueron magros, aunque sí se observó una reducción de 10% en la concentración del comercio con Estados Unidos y comenzaron a elevarse las inversiones provenientes de otros países. El esfuerzo, sin embargo, fue menos firme y constante de lo deseable y no trascendió suficientemente los límites sexenales.